

*irrumper como una fuente y entran a colmar para siempre
gloria, gloria, gloria,
el reino final y destructor del trueno de la génesis.*

Dylan Thomas fue un hombre preocupado por todo esto que llamamos «vida». Rebelde, llegó a la fe sin pasar por el purgatorio de la duda. Eso nos dice Elizabeth Azcona. Y añade: «Bardo en el viejo sentido de la palabra, a la manera de François Villon o de su compatriota medieval Dafyd Ap Gwillin, se vuelve a la leyenda que conserva la fuerza de lo primitivo y permanece como patrimonio del hombre.»

Era necesaria esta edición de los *Poemas Completos* del galés. Era necesaria, pues, tras mucho tiempo; desistí de buscar por todas partes una edición en castellano. Agradezco a Elizabeth Azcona su trabajo como deberán agradecerse otros.—JUAN QUINTANA (*Pob. Abs. Orcasitas, bloque 6, núm. 1, 1.º izq. MADRID-26*).

“LAS GUERRAS DE NUESTROS ANTEPASADOS”, DE MIGUEL DELIBES

La sumisión. O sea una variada y extensa gama de sumisiones. Esta viene a ser la temática, a mi parecer, de la obra. De una obra profunda, inquieta, casi simple, imposible, grandiosa, mediatizada por los condicionamientos ambiguos de un protagonismo dual. Un protagonismo, casi externo, alejado de la propia acción de los sucesos, limitador, inconsecuente, necesario forjador del amplio dilema que página a página va desglosando impresionantes historias entrelazadas y configuradoras de una biografía, una sola biografía que hace resucitar vidas y violencias que el tiempo se había encargado de olvidar. Son dos personas, el doctor Burgueño López y el recluso Pacífico Pérez, quienes hablan noche tras noche, y en el despacho del primero, con una copita de anís por medio, y poniendo sobre el tapete intrascendencias vitales. Su protagonismo, por otra parte, construye un universo impresionante, con la tragedia como base y con apariencias de simple drama rural al que se concatenan extrañas circunstancias para proporcionar un final no premeditado.

En *Las guerras de nuestros antepasados*¹, Miguel Delibes, planteando una necesaria trama desnuda de aditamentos estériles, inventa un escenario desierto y mudo de acción y decorados y coloca en él dos per-

¹ MIGUEL DELIBES: *Las guerras de nuestros antepasados*, Ediciones Destino, Barcelona, 1975.

sonajes, casi insólitos por lo imprescindible de su actuación, quienes a través de la técnica de psicoanálisis van gravitando sobre los interminables sucesos que harán posible la historia. Uno, el doctor Burgueño, actúa como receptor de un mundo cerrado. El otro, Pacífico Pérez, es el transmisor de todo un sistema de violencias sencillas que se van descubriendo como algo natural surgido de las propias dificultades de convivencias rutinarias y por ello habituales. Y tanto al ser descubiertos los hechos como al ser mostradas las particularidades que los suscitaron se advierte que la construcción de ese mundo aparentemente utópico y, por otra parte, profundamente racional y razonable obedece a las naturales complicaciones que trae consigo toda vida en sociedad. Así es como anclajes en el pasado y saltos hacia un futuro completamente endeble se enfrentan continuamente con un presente vago y dilatorio, en el cual la pasividad y la pereza no hacen más que desmentir la posibilidad de una nueva configuración del destino. A través de toda la obra, la sumisión a diferentes compromisos creados voluntariamente no hace más que mostrar la débil naturaleza humana que va doblegándose ante las circunstancias de una cotidianeidad no calculada, pero siempre precisa y con objetivos concretos en la configuración de las existencias que van desfilando por las páginas del libro.

Casi treinta años de la vida de un escritor no son fáciles de enjuiciar, pero lo cierto es que, en Miguel Delibes, desde aquella obra densa y extraña por su realismo inquieto que se titulaba *La sombra del ciprés es alargada*, hasta la que ahora comentamos, ha seguido una línea de profunda búsqueda de nuevas formas, de nuevos ingredientes, para hacer de sus obras algo atractivo e innovador. Así, el intentar agrupar en diálogos densos y completos toda la problemática de varias generaciones en pugna constante con lo diario, lo habitual, no es más que el llevar a la práctica esa necesidad de abrir canales nuevos para la expresión, que no es demasiado normal en esta hora de confusión y fácil bestsellerismo.

Se advierten en *Las guerras de nuestros antepasados* tres grandes etapas, como inmensos actos de una gran tragedia dramática, en los que la correlación generacional es importante para comprender cómo es posible que pase a través de ellos, casi sin alterarse, la figura monolítica del gran protagonista que, imperturbable, hace posible toda la trama de la obra.

Una primera etapa muestra la lucha constante de varias generaciones anteriores para atrapar a Pacífico Pérez en sus muertas grandezas y hacerle partícipe y posible emulador de glorias perdidas. Así van surgiendo las hazañas guerreras del Biso—bisabuelo—, del Abue—abuelo—y del Padre, alrededor de los cuales aparece un coro de allegados de difícil cualificación: la abuela Benetilde, la Madre, la señora Dictrinia, el sacer-

dote don Prócoro y otros de menor entidad. Todos ellos forman el plantel imprescindible para hacer de Pacífico un ser huidizo y tímido que, precisamente por descomprometerse con cada uno de ellos, forja una manera de ser que tal vez su no injerencia en la vida del muchacho habría evitado.

Porque son circunstancias impresionantes las que ha de vivir a su lado Pacífico; circunstancias sin posibilidad de eludir o evitar. Triunfalismos de las tres anteriores generaciones de soldados rasos que creen haber salvado ellos solos un país perfectamente arruinado por las equivocaciones de sus contemporáneos. Apacibles locuras como la de la abuela Benetilde que, presa de un misticismo no diagnosticado, explica sencillamente su propio suicidio a través de una carta que ha de ir a América y volver para dar tiempo a la total consumación de la atrocidad premeditada: «Os escribo estas cuatro letras para deciros que me cuelgo de la olma de la Torca porque sois malos. Y me cuelgo por los pies porque por el pescuezo me da miedo el ahogarme.» Abandono del Padre, que persigue el dinero por un afán de posesión desmedida, haciendo casi nulas las relaciones con el hijo, Pacífico, a quien, no obstante, advierte muy en su papel de autoridad: «Sangra o te sangrarán, no hay otra alternativa.» Así transcurre la infancia de Pacífico, casi olvidado por aquellos que le conviven y, por lo mismo, pretendiendo alejarse cada vez más del mundo ya configurado y que le ve lleno de odios, de suspicacias, de infidelidades, de negaciones... Es por eso por lo que dirige sus preferencias a su tío Paco, un poco alejado del pabellón familiar y tal vez más liberado que los otros de sumisiones incoherentes y malsanas. Pero se quedan en simples preferencias, sin llegar a ser un asidero eficaz para el hombre que Pacífico necesita ser.

Puede ser la segunda etapa, con su torbellino de nuevas sensaciones, de incumplidas promesas y de prometidas libertades la que más vigor aporte a la obra, a la obra sólo, porque también sale de ella Pacífico sin demasiados cambios en su manera de ser y sin grandes deseos de transformar nada de lo ya existente. Y es precisamente por ver cómo lo prometido se va desmoronando poco a poco ante la simple presencia de las causas naturales que agotan las posibilidades de una rebelión necesaria contra sociedades caducas y convencionalismos desproporcionados. Humán del Otero era o es un pueblo con dos caseríos, como el propio Pacífico explica: «El Otero quedaba arriba, en el cerro... Abajo, orilla el Embustes, o sea, el río, estaba el Humán.» Como en una gran mayoría de pueblos y aldeas, esta diversidad de localización da lugar a la formación de dos categorías de habitantes, enemigos inconciliables por los siglos y que suelen dar pie con frecuencia a conflictos y dramas que, por otra parte, están latentes en las relaciones diarias. Es la clásica complica-

ción veronesa-shakesperiana, pero con un marco rural y donde quedan además incluidos problemas de cultura y subdesarrollo. Los jefes nominales de las banderías entre unos y otros son «el Teotista, arriba, y el Agatángelo, abajo». Alrededor de ambos se agrupan los convecinos propios, y las querellas se resuelven casi siempre con violencia ya calculada, lo que no quita para que existan sus momentos de conciliación y colaboración común. De pronto llega al pueblo, al Humán del Otero, Candi, la hermana del Teotista nada menos; mejor dicho, regresa al pueblo, imbuida de ideas que ni por asomo hubieran llegado a lugar por otro conducto. Ideas casi de escándalo para su recepción por una comunidad rural convencional y cargada de los prejuicios propios de un sistema patriarcal casi por completo cerrado, porque, según explicación de Pacífico, «la Candi, para que lo sepa, tenía en el pensamiento armar una comunidad campesina y fundar una escuela, ¿se da cuenta? Que la comunidad, por un decir, estaría compuesta por hombres y mujeres jóvenes, pero sin prejuicios, ¿entiende?, o sea, sin escrúpulos. De forma que cada chavala pudiera estar con todos los hombres y viceversa, oiga, todas las combinaciones, sin que nadie tuviera derecho a cabrearse. Por lo demás, lo que ella decía, todos arrimarían el hombro y comerían de los frutos de la tierra». La concepción del mundo de Candi, con una fachada de progresismo implacable, se alerta asimismo llena de sumisiones para acabar en la sumisión total a lo que más profundamente había despreciado: el matrimonio. Así se hartaba a renegar de una sociedad (los mayores de cuarenta, los curas...) que había cosificado a la mujer, hasta convertirla en objeto y en esclava del varón, y de pronto olvidaba sus postulados para prometer, por ejemplo: «Tú y yo, putito, nos iremos juntos muy lejos en busca de una sociedad más pura», y aunque ese deseo de escapar de la realidad sea para algo lejano a los estándares habituales, la necesidad de depender para ello de un hombre le encierra precisamente en ese marco retrógrado al que acusaba a su familia de pertenecer. Pero es precisamente a partir de Candi, que se propone liberarle de la represión y mostrarle nuevos caminos para su existencia rutinaria, cuando Pacífico modifica su sentido de la responsabilidad hasta llegar a convertirse en un ser sin ideales y sin capacidad para el sacrificio o la redención. Es decir, que la liberación de Candi lo único que consigue realmente es hundirle en una profunda pereza, de la cual, más aún a impulsos de su enfermedad, agravada por encierros y falta de aire puro, que acabará con su propia existencia. Antes de la llegada de Candi, Pacífico era un idealista. Por ejemplo, utilizaba su habilidad para extraer la miel de las colmenas «a pelo» en beneficio de quien necesitaba extraerla sin obtener por ello ninguna compensación, porque pensaba que la mejor compensación era hacer el bien; hasta que su padre intercede para recriminarle

el que él anduviese «todo el día de Dios aperreado y tú a manteles puestos a comer la sopa boba». En vista de que la guerra de Pacífico no llegaba, pues ni el sargento Metodio ni el telegrafista daban razón de ella, los mayores se sentían orgullosos de cualquier empresa que acometiera el muchacho y que demostrase que «tenía algo entre las piernas», algo que le alejase de sus angustias infantiles y demostrase al pueblo, «a los del Humán y a los del Otero», su hombría, sin olvidar el beneficio que ello pudiera reportar. Es así como «le dije a Padre que me montara un gallinero moderno, ¿entiende?, con ponederos automáticos y todo», empresa en la que habría de colaborar el Emigdio, el novio de su hermana Corina, que era veterinario. Tras la primera aventura, ocurrida en Prádanos, el pueblo ahora abandonado donde tiempo atrás habían aparecido pepitas de oro, Pacífico abandona hasta el gallinero para convertir aquel abandono en un paraíso, donde un hombre y una mujer, desnudos y apartados de las convenciones sociales, camina hacia la sumisión final de ambos. Candi suplica la solución del matrimonio, «mayormente por dar un padre a la criatura», mientras que Pacífico, inexplicablemente, opta por la violencia. Apuñala al Teotista, el hermano de la Candi, cuando aquél les descubre, «en la braña, tal que así, sentados en la hierba, como de costumbre», por haber tenido que olvidar la costumbre de subir a Prádanos, puesto que una tarde, de repente, «las ventanas, y las callejas, y las puertas, se llenaron de gente».

La tercera etapa supone una simple regresión a habitualidades permanentes. La constante privación de libertad de Pacífico, que, por otra parte, no desea evitar. El abandono de los antepasados hacia el joven. Las visitas de la Candi y su hijo a la cárcel. Las complicaciones de una huida en la que Pacífico no deseaba participar y le supuso la prolongación, casi deseada, del encierro. Y finalmente el hecho de contraer matrimonio 'in artículo mortis' con la señorita Cándida Morcillo para dar un padre a su hijo, siendo testigos el doctor Burgueño y el tío del finado, don Francisco Pérez, único eslabón que en los últimos años le había unido con el mundo exterior.

En definitiva, la búsqueda de mundos puros va quedando paulatinamente lejos del protagonista al sentirse comprometido con cuanto le rodea y no saber, o no poder, escapar de ello.

Luego está el léxico, la importante aportación de convertir en diálogos plenos de contenido literario y humano el habla corriente de la Castilla rural.

Y el mostrar la fácil-difícil convivencia de comunidades casi reñidas con el presente, donde supersticiones y sujeciones a normas caducas inhiben al hombre normal de remontarse a los necesarios cambios que el transcurso de los años va exigiendo.

No se trata de una obra definitiva, creo que ningún escritor da fin a su obra definitiva, pero sí puede decirse que con *Las guerras de nuestros antepasados* Miguel Delibes sale airoso de la empresa de intentar un simulacro de charla psicoanalítica que venga a mostrar las angustias de una generación que no por hallarse libre de 'su' guerra consigue ser más feliz. Tal vez porque la mentalidad la cambia el progreso racional y no el estancamiento prohibidor, y cuando ese progreso no existe, el hombre se ve reducido a un puñado de angustias, a una sumisión permanente a las normas ya dictadas, y cuyo cumplimiento se hace exigible o se castiga justicieramente, no justamente, si alguien lo llega a eludir.—MANUEL QUIROGA CLERIGO (*Pta. Sierra - II. Gredos, 4 - 3.º A. MAJADAHONDA. Madrid*).

LA PSICOLOGIA DEL VESTIR *

Desde Jorge Simmel y Max von Boehn hasta Roland Barthes en su *Système de la mode* (Sueil, 1967), las manifestaciones del vestir han sido objeto de muchas reflexiones. ¿Qué es la moda? ¿Por qué existe la moda? ¿Qué significación tiene el vestir? En este libro colectivo los seis ensayistas que colaboran tratan de dar una explicación del fenómeno de la moda. Desde el primer ensayo introductorio de Umberto Eco se nos indica que si en muchos momentos la moda es algo funcional, muy pronto la moda pierde la funcionalidad y se convierte en un valor comunicativo.

En una época en que el estudio de la semiología y de la cinésica nos lleva a la conclusión de que el mundo de la comunicación no verbal es de una extensión ilimitada, Umberto Eco puede afirmar, con razón, que «si la comunicación se extiende a todos esos niveles, no hay que extrañarse de que pueda existir una ciencia de la moda como comunicación y del vestir como lenguaje articulado».

El vestido es expresivo, y existen códigos indumentarios que hablan con más evidente claridad que las palabras, algunos de ellos tan estrictos que una transgresión puede costar cara, por ejemplo: el traje militar.

Las convenciones indumentarias se corresponden al lenguaje de la moda: «Basta con observar una revista de modas al comienzo de una tempora—dice Eco—para ver que hasta las variaciones están previstas

* ECO, DORFLES, ALBERONI, LIVOLSI, LOMAZZI, SIGURTA: *Psicología del vestir*, Editorial Lumen, Barcelona, 1976. Ediciones de bolsillo, 101 págs.